

hallo cara á cara con mi tristeza y mi fastidio. ¿Cree-
rías que no me gustan ya las mujeres? Ni el menor
deseo físico. Es preciso que el dolor me absorba com-
pletamente. Pero fácilmente me dejaría arrastrar por
nuevos ensueños. Vengamos al hecho. Desde hace
tiempo estoy en excelentes relaciones con *** . . .

También estoy íntimamente unido con Ch. N.—
Este es aun más expansivo que ***; os agradaría más,
especialmente al principio. N.— tiene las lágrimas en
el borde de los párpados mientras os habla. Tiene, en
su persona, lo que llamáis *humectante*. Me demuestra
un afecto paternal. Podríasele achacar un exceso de
indulgencia por las mediocridades, pero eso procede
de su gran bondad. *** cae en el exceso contrario; no
vería con gusto, según creo, á un hombre á quien
tuviese por vulgar. Me diréis que hay amor propio en
eso; pero si tuviese que ocultaros mi pensamiento,
fuera preferible no escribiros.

Todos los domingos paso la tarde en casa de N.—
Allí se reúnen varios literatos, y he visto á Mada-
ma T.—, hablado con E.— D.—, P.—, el barón T.—,
M. de C.—, sabio célebre que se interesa mucho por
mí; M. de R.—, anticuario é historiador. Finalmente,
M. J.—, á quien conocí allí, es un amigo á quien creo
haber conquistado. Es colosal por el pensamiento. Si
tuviese algo más de poesía en el alma, no vacilaría en
considerarlo como á un hombre sorprendente. Habéis
leído los artículos acerca de Walter Scott y otros. No
es pequeña satisfacción contra mi dolor ser apreciado
por un hombre semejante, con tanto mayor motivo
cuanto que es frío, seco, en el primer momento, y sob-
re todo desesperador para con las medianías, que
desprecia, aun cuando las vea célebres. M. J.— se ase-
meja á L.—, tiene un hermoso rostro. Bajo su seque-
dad hay también mucho *humectante*, y en todo él, en

su acento, en sus maneras, un colorido montañés é
inglés. Nació en el departamento del Jura. Estuvo va-
rias veces en Ginebra. Simpatizamos por la idea, por
las inducciones y por la dificultad de expresar lo que
sentimos.

Vuelvo á N.— Para concluir respecto de éste, tiene
el aire y las aficiones de un hidalgo de provincia. Le
presté vuestras poesías; le han encantado. P. L.— va á
publicar sus *Viajes por Grecia*, en verso. Le he oído
leer un fragmento, es precioso, poético como Byron;
pero no tiene ni ese pensamiento fecundo, ni ese genio
vasto y enfermo que nos echan un nudo en la garga-
nta, lo mismo en el bardo inglés que en su rival de
Florencia. M. L.— se parece á Goethe (reconoceréis
en esto mi monomanía de las semejanzas). Lee sus
versos de un modo particular y muy agradable; es
sencillo, tranquilo y reservado; hay algo del protes-
tante en su persona. Ha viajado mucho. Tiene en car-
tera una colección de poesías, pero repugna publicarlas
todas, porque le parecen demasiado individuales. Le
ha parecido muy bien *mi vida*. Os diré de paso
que *** y N.— hacen más caso de mis poesías, más
caso quizás del que se merecen. Tengo algunas nue-
vas, escritas en Ginebra y aquí. Estoy muy unido
con *de B.—*, hijo del poeta, hombre de alta intelligen-
cia. F.— hará representar su *P.—* dentro de un mes. Es
un drama enteramente romántico. F.— ha estado en
el Cabo y en la Martinica; por lo demás, su tono es el
de las tabernas. Tiene un poema en cartera. No se le
puede negar talento fresco y gracioso; pero no hay que
conocerlo para apreciar sus poesías. ¡Qué desencanto!
Recuerdo que su *Pêcheur*, antes de que V.— fuese á
Rusia nos conmovió hasta arrancarnos lágrimas, y
atribuí al autor algo ideal, no habiendo oído nunca

ese nombre, y leyéndolo al pie de un trabajo lleno de ensueños y marítimo; se me antojó un joven ondino, etc.; y es una mezcla de vulgar y de soldado. V— (á quien vi una hora en casa de ***) es un hombre de siete pies de estatura. Cuando habla con un hombre de tamaño regular, su estómago dibuja la forma de un arco y sus rodillas un triángulo. Si está sentado se divide en dos piezas que forma ángulo agudo. Añadid que no articula seis palabras sin decir *así*, que es hombre de buen tono del antiguo régimen, y flaco como un lagarto. Da miedo contemplarlo. Sabéis que ha escrito la interesante obrita intitulada *Santa-P.*— Conoce á L.— A.—, el historiador duelista, tiene el aspecto de un carnicero civilizado. Algo áspero, y, sin embargo, imponente, le caracteriza. No me queda sitio para hablaros de Al.—, de los V.— padre é hijo, de D.— y M.—, redactores del G.—, y de varios otros literatos á quienes conozco. Dos palabras nada más acerca de S.—: es hombre que me parece tener algo de charlatán, iluminado, algo del Durán del Swedenborg, y también del verdadero poeta. Tiene notable talento descriptivo. Sólo he tenido una entrevista con él, y me basta. Es verdad que nuestra conversación duró tres horas. Pero hay demasiada espuma en aquel cerebro para que me divierta el hacerla hervir más todavía. Debo ser presentado á Benjamín Constant por C.—, buen muchacho (redactor de la *Rev.— prot.*—). Creí hallar en C.— á un grave pastor, y es un atolondrado, pero á lo menos un atolondrado de talento y de mérito, aunque sin genio. Me quedarían aún mil cosas interesantes que deciros, pero he de concluir esta carta.

Vuestras *Melodías* se han publicado. Bonita edición. Las he leído y releído con encanto. En *la R.* se publicó un artículo sobre ellas. He escrito otro para *el F.*; las he recomendado al G. Hablarán también en

la N. Pero sería necesario para el buen éxito, predicadores con los cuales no contáis. Se venderán pocas, mucho lo temo. La poesía está en un descrédito tan completo, que es preciso hallarse aquí para darse cuenta de ello. Es cien veces peor que en Ginebra; nadie lee versos y se compran todavía menos. L., D. y ***, son las únicas excepciones de la regla. Además, todo el mundo hace bien los versos en París. Se leen tantos manuscritos, que un autor extranjero, que no tenga más protección que la de su talento, será casualidad que llegue á la notoriedad. El hallaros lejos de París también contraría al buen éxito de vuestro libro, aunque sea favorable á vuestra felicidad. La gran Babilonia os saturaría de disgusto, de asco, de lodo, de fatiga y de tristeza. Ignoro el estado de vuestra alma en Florencia; pero de seguro que estaría peor en París, sin hablar acerca de la excesiva dificultad de vivir aquí. Hasta ahora no gano nada, y tengo, sin embargo, verdaderos amigos que hacen esfuerzos para procurarme algo. Me han escrito que tenéis buenas relaciones con L.—. Describídmelo desde la corbata hasta las zapatillas. ¿Será verdad lo que he soñado, un lord Byron francés, con la indiferencia, con afectación, desdicha, un pensamiento devorador, un genio á borbotones, buen tono, elegancia; en fin, una atmósfera poética extranjera, que nada tiene que ver con la sucia atmósfera de nuestros hombres de letras parisienses? L.— ¿no es ese ideal de mi alma, en el cual me complazco hallando hasta sus pequeños defectos de vanidad, de pueril afectación, que detestabais antiguamente, y que por fin descubristeis en vos, como se descubrirán siempre en la mayor parte de los poetas que tengan espíritu de análisis y de buena fe del hombre superior? Es la una y media de la madrugada; suspendo esta carta. Cuento añadirlos aún algunas palabras detrás de

los originales de dos elegías que hallaréis adjuntas.

.

Amigo mío, continúo mi carta mucho después de haberla comenzado. Son las ocho de la noche, y estamos á 31 de marzo. Estoy loco de dolor; mi desesperación sobrepaja á mis fuerzas. He padecido hoy lo que apenas será posible que pueda figurarse un hombre. En fin, un acceso de fiebre me ha acometido esta tarde; era el exceso de la pena moral. Escuchad. ¡Si á lo menos pudiese persuadirme de que algún día seré feliz! Pero el porvenir obscurece todavía más al presente. Me conocéis y sabéis las extrañezas de mi carácter. He hecho un descubrimiento en mí; es que no soy realmente desgraciado por tal ó cual cosa, sino que tengo en mí un dolor permanente que adquiere diferentes formas. Sabéis por cuantas cosas fuí desdichado hasta aquí, ó mejor dicho, bajo cuantas formas el hígado, la bilis, ó, en fin, el principio que me atormenta se ha reproducido. A veces, lo sabéis, era que mi aflicción procedía de no haber nacido inglés; otras veces por no considerarme apto para las ciencias; más generalmente aún por no ser rico, por luchar con la miseria y las preocupaciones, por ser desconocido. Sabéis también que en Ginebra me parecía que si alguna vez lograba sobresalir en París, sería al fin feliz. Pues bien, amigo mío, estoy en relación con casi todos los literatos más distinguidos. Algunos, como Ch. Nodier—, etc., son ilustres amigos con los cuales tengo casi tanta familiaridad como con vos. Pues bien, mi vanidad está satisfecha; algunas veces en los salones tengo instantes de satisfacción mundana; finalmente, en otros momentos me embriagan los pequeños triunfos de una velada, de una noche, de un instante; y con eso tenéis el fondo, la casi totalidad de mi vida, no diré que sea la desgracia, pero

sí un chancro árido; plomo derretido que circula por mis venas; si pudiesen ver mi alma, daría compasión; temo volverme loco. Desde que estoy aquí, mi dolor ha adquirido cinco formas: primero fué la añoranza de mi patria, y mi incertidumbre del porvenir; luego el sentimiento de verme aislado, de mi *nada*; después un vacío que ocupa ese espantoso tumulto de sensaciones de que os he hablado tantas veces; finalmente, desde hace dos meses, todas mis facultades de dolor se han reunido en un punto. Apenas me atrevo á decíroslo, porque es una locura; pero, os lo ruego, no veáis en ello más que una forma de dolor, más que una de las apariencias de la úlcera que me roe; no me juzguéis según las reglas ordinarias, y ved el mal y no su objeto. Pues bien, ese punto central de mis males es que no he nacido inglés. No riáis, os lo ruego, ¡padezco tanto! Las personas verdaderamente enamoradas son monómanas como yo, no tienen más que una idea, la cual absorbe todas sus sensaciones. Yo, que he tenido el alma en lucha durante tanto tiempo con un tumulto tan vario, también soy monómano ahora.

Leía últimamente el libro intitulado *Valeria*, de Madama de Krudener; no puedo expresaros las sensaciones que me hizo experimentar. Ese libro sorprendente me había fastidiado en otro tiempo; ahora me ha desgarrado. Es que Gustavo, víctima como yo de una pasión avasalladora, ó más bien de una energía de sensaciones que le devora, y que se encarna en un alimento natural, el amor, mientras que esa misma energía, luchando en mi alma con el vacío, engendra fantasmas en ella. Leía aquella novela durante los primeros rayos del sol de la primavera, en las vastas y tristes alamedas del Luxemburgo. A cada paso me detenía asombrado.

Ahora, he aquí el origen de mi pasión por Ingla-

terra. En primer lugar, sabéis que me agrada revivir con los muertos, conocer su vida de otros tiempos, vivir con ellos, seguirlos en las circunstancias de su existencia, creándome simpatías que adorna la ilusión del tiempo y que la presencia de los individuos no pueda destruir. Pues bien, allí, en Inglaterra, tendría á lo menos cincuenta poetas de vida aventurera, y cuyos libros están llenos de imaginación, de ideas, etc.; en Francia no encuentro tres. Además, hubiera tenido una patria de la cual hubiese amado hasta las preocupaciones; ¡hay tanta poesía en las antiguas costumbres de Inglaterra, y tanta imaginación en todo cuanto es de aquel país! Primeramente, en vez de una literatura, hay cuatro: la americana, la inglesa, la escocesa y la irlandesa; y tienen todas con la misma lengua un carácter diferente. ¡Qué riquezas literarias! La vida del monomaniaco Cowper, tan gran poeta, fué escrita en tres volúmenes *in octavo*; la de Johnson en cuatro. De ésta dice Walter Scott que se la encuentra en todas las casas de campo, etc. Y aun, basta el solo nombre de Johnson para que cualquier inglés tenga delante de sí una individualidad, un personaje que posee el privilegio de estar aún vivo, de moverse y obrar, lo mismo física que moralmente. Hay treinta poetas vivos, todos originales, todos individuales, que no caminan por el sendero unos de otros, y muy fecundos. ¡Cuántas riquezas! En fin, ¡qué aventuras las del desdichado Savage, de Shelley! ¡Qué coloso es Byron! ¡Qué tesoros para un alma á la cual agrada huir del mundo, y buscar á sus amigos en su gabinete de estudio! ¡Cómo cuidan los ingleses de sus escritores! Hacen ediciones de todos tamaños y formas. ¡Cuánto gusto en sus ediciones! ¡Qué imaginación en sus dibujos y láminas! Ved la nación en sí misma; ¡los hombres de mal aspecto son tan raros en Inglaterra como en Francia los de aire distinguido! Todo es *excéntrico*

en aquella nación; me agrada hasta su originalidad y sus trajes raros. Allí reina, únicamente, el entusiasmo bajo mil formas distintas; allí, junto á las ideas positivas más severas, se encuentran las frivolidades más pintorescas. Ese país reúne todo, lo positivo y lo ideal: Francia y Alemania. Es el único bastante fuerte para comprenderlo todo, bastante grande para no rechazar nada.

¡Qué individualidad! Se reconoce á un inglés entre mil personas; un francés se parece á todo el mundo.

La abundancia de sectas religiosas en Inglaterra prueba, á lo menos, buena fe, almas que necesitan esperanza, que no están secas por la materia. Las extravagancias individuales de los jóvenes ingleses demuestran almas agitadas. ¡Oh! ¡Si vieseis Francia, os daría asco! Para cualquier hombre es un gran disgusto verse fuera del sitio que cree corresponderle. Esto os hacía sufrir en Ginebra. Pues bien, me siento cruelmente fuera de mi sitio, yo, que no me considero unido por ninguna simpatía con Francia, y que las experimento muy vivas hacia Inglaterra; me hallo cruelmente fuera de mi sitio, en medio de una nación frívola, charlatana, impía, árida, y vana y fría, cuando pienso que hay otra religiosa ó terriblemente escéptica, pero al menos que no es indiferente; una donde se encuentran amigos leales, almas exaltadas, y en que la frivolidad misma, extravagante y rara, no tiene ese tono burlón y tontamente insípido que reviste en Francia. En el restaurante donde como, hay francesas é inglesas. ¡Qué diferencia! Casi todos los franceses son gascones (1), chillones y vulgares; todos los ingleses, nobles y decentes. En fin, amigo mío, comprendo que un amante puede hablar con un amigo de su amor, porque esa pasión halla eco en todas

(1) En el sentido de exagerados ó mentirosos.

las almas, no hay en ello ridiculez; pero es tal el aumento de mis dolores, que no me atrevo á confiarlos, porque son demasiado individuales y deben parecer harto ridículos á quien no los sufrió naturalmente. Y, sin embargo (os ruego que os despojéis de toda preocupación para creerme), esa locura me hace sufrir dolores *espantosos*. Todo la despierta; la vista de un inglés; de un libro inglés de los que se venden en casa de Baudry, hasta las burlas de que se les hace víctimas, todo eso me devora; son otras tantas puñaladas que renuevan mi dolor, como, sin duda, todo lo que recuerda una amada muerte á un amante apasionado. En fin, mi manía me hace aborrecer hasta la misma gloria. Yo desearía ser célebre en Inglaterra, y, por consiguiente, escribir en inglés. Mis dolores me agitan demasiado para poder escribir otra cosa, y desgraciadamente, no son asuntos poéticos. Sé que, si (suposición absurda como todas las suposiciones) fuese inglés, no sufriría menos con mi temperamento enfermizo; pero me produce un efecto enteramente distinto. Sólo mi razón me produce tal persuasión; pues, si únicamente atendiese á la sensación, me parece que, nacido inglés, podría soportar todos mis males. Me represento lo que soy como organismo y alma; pero nacido lord y rico. ¡Todos mis gustos, todas mis vanidades, todo estaría satisfecho! Cuando comparo esa suerte á la mía, casi me vuelvo loco.

Una reflexión, sin embargo, se me ha ocurrido; pero ¿qué pueden las reflexiones contra las pasiones? Es la siguiente: si no fuese yo exactamente lo que soy, no existiría; sería otro yo; mi yo homogéneo, idéntico é individual estaría destruído; ¡tendría otras ideas! Nadie quisiera cambiarse por otro, y nadie está contento de lo que es. ¡Qué contradicción si aceptamos lo que somos! Padezco tanto, que me parece que cambiaría de buen grado; estado de dolor al cual no

había llegado hasta ahora. En el fondo, aceptar la suerte de otro, si fuese posible, sería morir. La muerte no es más que la destrucción del yo. Pero ¿qué hago? ¿Qué irresistible manía me arrastra, me arrebatat? ¡Ay! Amigo mío, cuanto más sondeo nuestra naturaleza, más me persuado de que, piezas necesarias de un conjunto que no vemos, representamos un papel que se nos revelará algún día. Si me preguntasen: ¿Cree usted en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma? Contestaría: ¡Absurdas preguntas! Dios existe porque es necesario; y creo que estamos aquí abajo en un estado falso, transitorio, intermediario. ¿Hemos existido en otra parte? ¿Debemos volver á vivir? ¿Cómo, con nuestras lenguas limitadas y nuestras ideas atormentadas, tratar semejante cuestión, acercarnos á lo grande desconocido? ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios! Le veo en todas partes. Ese deseo ardiente de conocerlo y de adivinar nuestra naturaleza, esos presentimientos de lo infinito y ese muro de acero, ese muro de lo imposible, de lo prohibido, contra el cual vienen á romperse no sólo nuestros sistemas, sino hasta nuestros arranques de ideas, todo eso me prueba un *ser*. No, la tierra no habría, con lodo, producido seres tan complejos y tan raros. Luego, ir más lejos me parece imposible. Espero y callo. Sé únicamente que aquí abajo me revuelco en el dolor como un torturado. Esos dolores, ¿serán compensados en este mundo ó en otra parte? Lo ignoro.

Mis sufrimientos han sido tan vivos hoy, que lo que me asusta generalmente, lo miraba casi sin miedo. A fuerza de sufrir, la gloria, la dicha, el porvenir, todo me parecía imposible, indiferente. ¡Oh! ¡Si supieseis las sugerencias infernales que se mezclan con todo eso! ¡Las ideas espantosas que pasan por mi mente, los tormentos de la duda! ¡Desgraciado!, sé que lo soy. Nada más...